

Pilar Magallón Aragonés y M<sup>a</sup> Carmen Polo Enfedaque

Reportaje fotográfico: JAP y Rosa Pérez

# Alloza



## HISTORIA

Alloza se encuentra en una colina en medio de una hoya endorreica destinada al cultivo del olivo. No se conoce exactamente cuál es el origen de este pueblo, pero sí que ya existía en época musulmana, puesto que su nombre es árabe y significa 'el almendro', por lo que podemos pensar que habría gran abundancia de este árbol en esos tiempos, quizás en el espacio que hoy ocupan los olivos.

No se sabe, sin embargo, cuándo se produce el paso del asentamiento del Castelillo (del que hablaremos más adelante) al actual pueblo, ni hay vestigios de la dominación romana, como sí encontramos en otras poblaciones del Bajo Aragón, ni siquiera que Alloza fuera un asentamiento nuevo creado por los invasores musulmanes, cosa poco probable. A partir de ahí sí que sabemos que la comarca fue reconquistada en 1122 por las milicias creadas por Alfonso I el Batallador y que en 1179 la aldea de Alloza es dada por Alfonso II a la orden de Calatrava en su encomienda de Alcañiz. No parece que hubiera judíos en Alloza, puesto que nadie habla de ellos cuando su expulsión en 1492, como tampoco parece que afectaran a este pueblo los dos grandes daños del siglo XVII: la expulsión de los moriscos en 1610, ni la gran epidemia de peste

de mediados del siglo. Durante todo ese tiempo (siglos XV, XVI y XVII) está documentada la evolución de la población, que estaba en torno a los 600 habitantes.

A lo largo de su historia Alloza ha participado (y sufrido) en los distintos acontecimientos históricos del país, como más adelante contaremos, pero hay un hecho, que puede parecer una anécdota, que tuvo una gran importancia en su momento y la sigue teniendo desde el punto de vista gastronómico: el introductor de la patata en España, traída a finales del XVIII desde Francia, nació en Alloza en la primera mitad de ese siglo. Se trataba de Joaquín Fernando Garay, que por este hecho recibió el reconocimiento del rey de España, Carlos IV. ¿Qué sería de uno de nuestros platos más internacionales sin la patata? Realmente es un ingrediente básico en la gastronomía española, no sólo en la tortilla, y resulta cuando menos chocante que la trajera a España un allocino.

Este ilustre personaje recibió varios años de formación en la Escuela de Gramática de Alloza, equivalentes a lo que hoy llamamos bachillerato, la preparación para el ingreso en las universidades. Esta Escuela de Gramática, como las existentes en otros pueblos importantes, era el resultado del esfuerzo que hacía España por salir del retraso en materia cultural que padecía. En la segun-



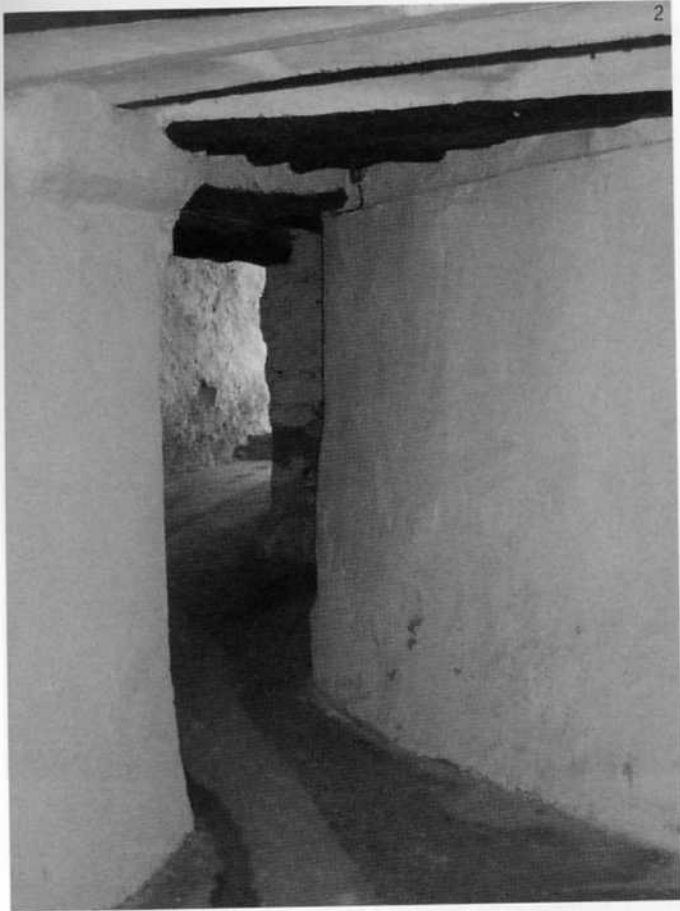
da mitad del XVIII, el despotismo ilustrado despierta en los monarcas la conciencia de que deben mejorar la educación en los pueblos y favorecer las reformas y la cultura, por lo que se llevan a cabo nuevos planes de estudio en las universidades, se suprimen los colegios mayores y los de jesuitas, se fundan Sociedades Económicas, etc. La Iglesia, por lo tanto, pierde parte de su monopolio en la educación, también en la enseñanza de las primeras letras, ya que en la enseñanza primaria, impartida en escuelas de muy bajo nivel, sólo se aprendía catecismo, lectura, escritura y las cuatro reglas aritméticas. A partir de ese momento, pues, se va a intentar combatir las elevadas tasas de analfabetismo con esa reforma de la escuela que pasa por desvincularla de la Iglesia y exigir un cierto nivel cultural a los maestros mediante un examen y un título y, paulatinamente, recaerá en los Ayuntamientos la dirección de la enseñanza rural, lo que provocó una difusión importante de la enseñanza primaria, tan sólo frenada por la Guerra de la Independencia y las guerras civiles. También las reformas en lo que equivaldría a la "enseñanza secundaria" pasan por la transferencia de la educación de la Iglesia al Estado, sobre todo con la expulsión de los jesuitas en 1767, ya que un 30% de los que estudiaban humanidades y latinidad lo hacían en sus centros.

Dentro de este contexto educativo de finales del siglo XVIII se encuentra la Escuela de Gramática de Alloza. La enseñanza de la gramática se impartía, como hemos dicho anteriormente, en pueblos de cierta importancia por maestros, seglares o clérigos, pagados por los municipios o por los particulares. La enseñanza solía durar cinco años y era, como se ha dicho ya, la preparación para el ingreso en las universidades. Se sabe que hubo, entre otras, escuelas de gramática en Alcorisa, en Calaceite, en Calanda, en Híjar y en Maella, además de la de Alloza. Llama la atención el elevado número de alumnos que alcanzó ésta, la de Alloza, que llegó a tener 116 estudiantes en 1782 -mientras en Calanda o Calaceite tenían 30 en 1786- y que se sepa la escuela duró desde 1761 has-

ta 1822, con un total de casi dos mil estudiantes repartidos en esos años, aunque muchos de ellos permanecieron varios cursos en ella. Lo más insólito, sin embargo, es la procedencia de estos alumnos, los más numerosos, sin duda, de Alloza y los pueblos cercanos (Oliete, Andorra, Alcorisa, Crivillén, Alcaine, etc.), pero también hay un buen número procedentes del Maestrazgo turolense, como Peñarroya o Fuentespalda, y de Tarragona (Horta de Sant Joan, Benissanet, Mora d'Ebre...) Incluso aparecen personas de Zaragoza, Cuenca y Alicante.

La Guerra de la Independencia supuso un frenazo para esta escuela, a pesar de que Alloza parece que fue un lugar relativamente tranquilo durante esa contienda, situado en la zona de transición donde empezaba a menguar el control francés; cuando los franceses abandonaron Aragón en 1813 el territorio estaba hundido, con la población afectada por la guerra y el hambre y las fuentes de riqueza arrasadas. Lamentablemente, la vuelta a España de Fernando VII no sirvió para mejorar las cosas, puesto que se cerraron las universidades y se produjo una vuelta al absolutismo. En pocos años la Escuela de Gramática de Alloza desapareció y, desde el punto de vista político, se produjo una situación bastante compleja en la que la gente no sabía si apoyar al liberalismo que había empezado a implantarse o apoyar esta vuelta al absolutismo. A lo que sí se negó este municipio fue a pagar los derechos señoriales a la Encomienda Mayor de Alcañiz, representante del poder feudal, tanto por las dificultades económicas que atravesaba como por considerar obsoletas estas obligaciones. Los últimos años del absolutismo no son muy conocidos ni en España ni en Aragón, pero sí que se intensificó la represión a los liberales. De Alloza se tienen pocos datos del primer tercio del XIX: la población, que en 1819 era de 1.600 habitantes (más del doble que actualmente); los recursos que tenía (se extraen minerales de alumbre y caparrosa; se produce trigo, cebada y bastante aceite; hay pinares en los montes cercanos y se cuenta con telares de lana y cáñamo para el consumo

1- Arco de San Roque. 2- Pasaje del horno. 3- El "Gallipiente". 4- Lavaderos.



del pueblo). También hay noticias de que había cantero, botiguera y molineros, oficios desempeñados en esos años por forasteros. Alloza estaba también entre los pueblos que contaban con estanco en 1825.

Y así llegamos a la primera guerra carlista. Al morir Fernando VII y sucederle su hija Isabel II -a la sazón menor de edad, por lo que su madre María Cristina asumió la regencia-, se produce una lucha entre los partidarios del absolutismo que querían que el sucesor de Fernando VII fuese su hermano Carlos, llamados por ello carlistas, y los liberales, partidarios de Isabel. Esto provocó la primera guerra carlista, en la que este bando estaba apoyado principalmente por la Iglesia, que no quería perder los privilegios de que había gozado con el antiguo régimen, la pequeña aristocracia rural y los campesinos, a los que les resultaba mucho más gravoso pagar una renta en moneda a los nuevos señores que dar una parte de su cosecha como hacían anteriormente con los señores feudales.

En esta contienda, en los pueblos del Bajo Aragón y del Maestrazgo fue donde se instaló con más fuerza la insurrección carlista en Aragón. Alloza se encontró, una vez más, en zona limítrofe, lo que provocó mayor temor entre la población ya que si se apoyaba muy claramente a un bando, cuando llegaba el otro la represión era brutal. También tenían que mantener a los dos bandos, puesto que cada partida que llegaba a un pueblo exigía comida y dinero para mantener a sus hombres, con lo que eso suponía para la población, muy empobrecida tras la Guerra de la Independencia y con la caída de los precios de los productos agrícolas. De todas formas, en Alloza hubo mayor apoyo a la causa carlista, y aquí tuvo su punto de partida, por ejemplo, la operación que culminó con la derrota de los carlistas en Zaragoza el 5 de marzo de 1838. También se libraron cruentas batallas entre ambos bandos en las zonas más agresivas de la localidad, como Los Congostos, que sirvió de refugio al general carlista Cabrera, y se puede decir que todas las partidas

carlistas de la zona pasaron por Alloza. Esto dejó a la población mucho más empobrecida. En 1840 se dio por finalizado este conflicto en Aragón, pero tras el destronamiento de Isabel II, una vez más los carlistas pensaron que su candidato podía ser rey, con lo que de 1872 a 1874 se produjo una nueva guerra carlista que para Alloza fue una repetición de la historia: ayudar a las fuerzas de ambas partes que pasaban por la población, con la complicación de que a las repercusiones económicas que esto tenía se sumaban el temor de la población por la inestabilidad política y los conflictos internos que había en el pueblo. Las guerras, ya se sabe, las provocan los poderosos, pero siempre las pierden los pobres, gane quien gane.

La población durante la segunda mitad del XIX fue de alrededor de 1.700 habitantes, con un descenso en 1887 en que no se llegó a los 1.600, para terminar con casi 1.800 habitantes en el año 1900. Y fue hacia finales de este siglo cuando se llevó a cabo una importante obra para solucionar los problemas para el riego de las huertas en verano. Se trataba de la construcción de un pantano en el río Escuriza, concretamente en la partida del Congosto anteriormente mencionada, que se encuentra entre los términos de Esteruel, Oliete y Alloza. En un principio se pensaba construir dos presas para dar lugar a los pantanos superior e inferior, pero al final sólo se construyó este, con muchas dificultades debido a la escasez de fondos, que fue terminado en 1896. Las lluvias lo llenaron por primera vez en 1898 y se inauguró el 13 de junio del año siguiente. El agua recogida tenía como destino garantizar el riego de 3.600 Ha de los términos de Hajar, Urrea de Gaén, La Puebla de Hajar y Albalate del Arzobispo. Alloza y Ariño participan también en los acuerdos del régimen de desembalse. Alloza tenía el derecho a los aprovechamientos que venía disfrutando, así como de los artefactos comprendidos dentro de su término municipal. Desde Alloza, el pantano, considerado como propio por su emplazamiento, ha tenido relevancia por la labor de guardia y regulación que han des-



empeñado a lo largo del tiempo varios vecinos del pueblo, además de haber participado mayoritariamente en su construcción.

A comienzos del siglo XX, en 1910, Alloza alcanzó su máximo de población, con 1.926 habitantes, cifra que iría descendiendo a lo largo del siglo por causa de la emigración hasta los 1.006 que había en 1981. Actualmente hay censados 713 habitantes, incluyendo población inmigrante.

Durante la Guerra Civil los vecinos de Alloza crearon un comité compuesto por personas de derechas y de izquierdas que se protegerían mutuamente según el bando que llegase antes al pueblo. Esta voluntad de poner la vida por encima de cualquier rencilla personal o política estuvo presente entre la mayoría de los vecinos desde el primer momento, y por eso este fue uno de los pueblos donde hubo menos víctimas de la represión, en ambos bandos. Alloza quedó en zona republicana durante los primeros dieciocho meses de conflicto. A finales de julio llegaron los anarquistas, y se produjo el saqueo de la iglesia, prendieron fuego a las imágenes religiosas, destruyeron el retablo, el órgano... También querían quemar el Calvario y matar al ermitaño si era un cura, pero los habitantes del pueblo los convencieron de que sólo era un trabajador. Semiquemaron los cobres que adornaban la ermita y provocaron destrozos en las capillas, pero lo que más impresionó a los vecinos de Alloza fue verles jugar al balón con la cabeza del Cristo. Por lo menos, los cipreses centenarios que tanto embellecen el Calvario y que tanto habría costado recuperar no sufrieron ningún daño.

Unos años antes de la Guerra Civil, en 1932, comenzaron las obras de la nueva escuela, que terminaron en los primeros años de posguerra, con la colaboración monetaria del vecindario porque el Ayuntamiento no tenía suficientes recursos para acometer por sí solo esa obra.

En los años 40 aparece en la cuenca minera llamada la Val de Ariño la empresa nacional Calvo Sotelo para realizar sondeos de lignito y estudiar la ubicación de una central térmica importante, que se abastecería con el lignito trolense, central que finalmente se construiría en Escatrón. La empresa empezó a comprar minas y a abrir nuevas explotaciones, con lo que la demografía durante los

años 50 aumentó en las localidades mineras (Alloza, Ariño, Andorra...). Durante esos años, el 61% de superficie que ocupaban las explotaciones mineras correspondía a Alloza, con un total de 26 minas, el 21% a Andorra, con 7 minas, y el 18% a Ariño, con 12. Sin embargo, la participación de este municipio en la producción de lignito parecía ser ignorada oficialmente. La corporación municipal reclamaba que Alloza se citara en las crónicas como productora de carbón, ya que sólo se citaba Andorra y ésta no aportaba nada a la central de Escatrón, pero no se consiguió e, incluso, en los casos en que una explotación estaba entre Alloza y otro municipio (Ariño o Andorra) Alloza recibía un porcentaje menor de dinero del que le correspondía o en ocasiones nada. Tampoco se consiguió la construcción de un poblado minero, como en Andorra o Ariño, ni una carretera directa a las minas. Fue un momento en el que Alloza perdió oportunidades de progresar, pero también creció en servicios, como el agua y el alcantarillado, y se abrieron nuevas calles para edificar viviendas. A mediados de los años 50 se llevó el agua al Calvario, después de canalizarla de dos manantiales que afloran en el barranco que hay entre el Calvario y el pueblo (la Rambla). En los años 60 se abrió la avenida San Blas y se realizaron las obras de canalización de aguas a los domicilios y el alcantarillado. También en esos años el párroco de la localidad vendió la ermita de San Blas, que fue comprada por un vecino para utilizarla como garaje, colocando una enorme puerta metálica.

La mayoría de los vecinos eran labradores o mineros, (en la década de los 50 se había creado la Cooperativa del Campo San Blas, ampliada en los años 60, que construyó una fábrica de aceite con ayuda financiera estatal y posteriormente otra a las afueras del pueblo, en el actual polígono, con los últimos avances tecnológicos, dadas las exigencias que hay actualmente en materia de Sanidad y Consumo) pero también había un grupo pequeño que se dedicaba a otras actividades económicas, proporcionando al pueblo los servicios necesarios, como comercios, peluquerías, taller de herrería (los hermanos Ferrer construyeron un vehículo apropiado para la recogida de basuras), puntos de venta de piensos, forrajes y abonos para el campo... También había un yacimiento de yeso, que en la década de los 50 se dedicó a explotar la familia Roldán.

